

Behind the Redwood Curtain: Cannabis in California

Freeda Alida Burnstad
Fond Memories

Medical marijuana became legal when I was 16, and the culture that bloomed around it was abundant, peaceful, and alive with activism that launched me into the world. No longer shadowed by the threat of legal repercussion, our communities gathered openly to celebrate the life-giving herb - a gift, we believed, from the earth herself. There was reverence in it, and joy.

Every summer and fall, the hills and valleys filled up with musicians and artists who arrived for the season. They came from across the country and around the world, bringing languages, instruments, recipes, and stories that wove themselves into the fabric of our small towns. Their presence, embraced generously for one season each year, transformed our small rural towns into something closer to a global bazaar. Lifelong friendships were made.

It enabled me to be free to chase dreams that would have seemed impossible otherwise. I spent three months each year trimming, earning enough to spend the rest of my time volunteering in Ecuador - learning, giving back, fighting oil pipelines, innovating myco-remediation research, and protecting 4000 acres of Cloud Forest. It was a life of purpose: half the year medicine for the people and half the year healing the planet. Supported by a community of compassionate, caring, earth-connected people, supported by a mighty FEMALE plant.

I was not unique in this. Hundreds of people around me were doing the same -working seasonally for the freedom to live more meaningfully the rest of the year... 9-5 in the gardens of beautiful, wild Mendocino — with food, flowers, and friends doing the work together.

The local economy thrived in ways that felt absolutely socialist by modern standards. People had enough — not wild excess, but enough — to support local businesses, fund community projects, and donate generously to causes near and far. Money moved in circles, staying close to where it was earned, nourishing the places and people it came from. There was a sense of reciprocity that ran through everything, a karmic understanding that the gifts of the earth are enough to support everybody.



It was a brief utopia. It could not last forever; greed wouldn't let it. But for much of my life, I lived inside it, and the memory of what community can be when people feel safe, free, and hopeful will never leave me.



MENDOCINO
COUNTY *Museum*
"Telling Our Story"

 **exhibit envoy**

Tras el telón de secuoyas: El cannabis en California

Freeda Alida Burnstad
Gratos recuerdos

La marihuana medicinal se legalizó cuando yo tenía 16 años, y la cultura que surgió a su alrededor fue rica, pacífica y vibrante gracias a un activismo que me impulsó hacia el mundo. Liberadas ya de la sombra de las repercusiones legales, nuestras comunidades se reunían abiertamente para celebrar esa hierba que daba vida: un regalo, creíamos, de la propia Tierra. Había en ello reverencia y alegría.

Cada verano y otoño, las colinas y los valles se llenaban de músicos y artistas que llegaban para la temporada. Venían de todo el país y de diversas partes del mundo, trayendo consigo idiomas, instrumentos, recetas e historias que se entretajían con la vida cotidiana de nuestros pequeños pueblos. Su presencia, acogida con generosidad durante esa estación anual, transformaba nuestras localidades rurales en algo parecido a un bazar global. Allí nacían amistades para toda la vida.

Aquello me permitió perseguir libremente sueños que, de otro modo, habrían parecido imposibles. Pasaba tres meses al año realizando labores de poda y recolección, ganando lo suficiente para dedicar el resto del tiempo al voluntariado en Ecuador: aprendiendo, retribuyendo, luchando contra los oleoductos, innovando en investigaciones de micorremediación y protegiendo 4000 acres de bosque nuboso. Era una vida con propósito: la mitad del año produciendo medicina para la gente y la otra mitad sanando el planeta. Todo ello respaldado por una comunidad de personas compasivas, solidarias y conectadas con la Tierra, y apoyada por una poderosa planta FEMENINA.

No era un caso único; cientos de personas a mi alrededor hacían lo mismo: trabajar por temporadas para ganar la libertad de vivir con mayor sentido el resto del año... jornadas de nueve a cinco en los jardines de la hermosa y agreste región de Mendocino, rodeados de comida, flores y amigos que compartían la labor.



La economía local prosperaba de una manera que, para los estándares modernos, resultaba absolutamente socialista. La gente tenía lo suficiente —no excesos desmesurados, sino lo justo— para apoyar a los negocios locales, financiar proyectos comunitarios y donar generosamente a causas tanto cercanas como lejanas. El dinero circulaba en círculos, permaneciendo cerca de donde se había generado y nutriendo a los lugares y a las personas de los que provenía. Existía un sentido de reciprocidad que lo impregnaba todo, una comprensión casi kármica de que los dones de la Tierra bastan para sustentar a todos.

Fue una utopía breve. No podía durar para siempre; la codicia no lo permitió. Pero durante gran parte de mi vida viví en su seno, y el recuerdo de lo que puede llegar a ser una comunidad cuando las personas se sienten seguras, libres y esperanzadas nunca me abandonará.

